

EL DOMINGO

REVISTA ARTISTICA Y LITERARIA



6 MAR 1973

AÑO II

NUM. 59

NÚMERO SUELTO, 20 CENTS. EN TODA ESPAÑA.

ANUNCIOS

PÍDANSE TARIFAS

DE PRECIOS

EL DOMINGO

REVISTA ARTISTICA Y LITERARIA

ANUNCIOS

PÍDANSE TARIFAS

DE PRECIOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, . . . Año.	9 ptas.
» Semestre.	5
» Trimestre.	2,50
Provincias. Año.	11
» Trimestre.	8
Ultramar y Año.	17
Extranjero. Semestre . . .	9

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE DE SANTA ENGRACIA, NÚM. 6, MADRID.

Número suelto, 20 cts. en toda España.
Idem atrasado, 40 cts.

OBSERVACIONES

Las suscripciones principian con el primer número de cada mes.

Los pagos son adelantados, en sellos de Correos, libranzas ó letras de fácil cobro.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

Litografía de Carlos Ferreiro: Fuencarral, 12.—Librería de Fernando Fé: Carrera de San Jerónimo, 2.—San Martín: Puerta del Sol, 6.—Continental Expres: Carrera de San Jerónimo 15, y en la Administración de esta REVISTA.

CUPÓN DE SUSCRIPCIÓN

D. _____, que vive
en _____, calle _____, núm. _____
se suscribe á la Revista EL DOMINGO, por _____
desde _____ y remite el importe de pe-
setas _____ en (1) _____

de _____ de 189

EL SUScriptor,

(1) Libranza de fácil cobro.

ACADEMIA DE SAN RAFAEL

PREPARACION MILITAR

Ingenieros.—Arquitectos.—Carrera de derecho

Este Centro ha conseguido extraordinario crédito por su formalidad y competencia.

INFANTAS, 34, MADRID.

Pídanse Reglamentos al Director, D. Juan Tejón y Martín.



SECRETO CHINO: AGUA DE LAS WILLIS

Preparada por VENTURA HOYOS la más higiénica inofensiva y eficaz, para devolver á los cabellos blancos su primitivo color, ya sea castaño claro, obscuro ó negro, sin manchar la piel ni la ropa. Es tónica refrescante é impide la caída del cabello. Se distingue de todas sus similares en que posee delicado perfume. SE VENDE en las buenas PERFUMERÍAS, DROGUERÍAS Y PELUQUERÍAS de Madrid y Provincias por mayor en casa del autor, Alcaña, 38, LA PERLA CHINA, y MELCHOR GARCIA, Capella, 1, MADRID.



ELIXIR ESTOMACAL DE SAIZ DE CARLOS

Curación segura del 98 por 100 de los enfermos crónicos del Estómago é intestinos, aunque lleven 25 años de sufrimientos y no hayan encontrado alivio con los demás tratamientos. Cura el Dolor de estómago, los vómitos, ardores, acedias, estreñimiento, diarreas, úlcera del estómago, dispepsias y catarros intestinales. Ayuda á las digestiones, abre el apetito y tonifica. Botella, 5 pesetas.—MADRID, Serrano, 30, farmacia, y principales de España.

VISITE USTED EL PORTICO DE APOLO

MADRID 25 DE ABRIL DE 1897



ACTORES NOTABLES



FRANCISCO GARCÍA ORTEGA

DIRECTOR DE LA COMPAÑÍA DEL TEATRO DE LA COMEDIA
EN LA TEMPORADA DE PRIMAVERA

DIVERSIONES PÚBLICAS

Las novedades de Pascua.—Teatros que se abren.—La compañía de la Comedia. Price y Colón.—Un estreno en Lara.—Lo que se me queda en el tintero.

De años atrás era costumbre, sin la cual parecía no podíamos pasarnos, que las compañías extranjeras invadieran los teatros que nuestros actores, golondrinas invertidas, abandonaban cuando el ambiente nos traía los primeros efluvios de la primavera.

Pero esta vez ha quebrado el juego. La inevitable *troupe* italiana, portuguesa ó francesa—que de todas estas disfrutamos—que hacía su nido el sábado de gloria en el teatro de la Comedia, no vino, y al dejar el campo libre Mario y Thuillier, fueron reemplazados por otra modesta pero escogida y simpática compañía, dirigida por los jóvenes actores García Ortega y Mendiguchía.

Con decir que en la lista figuran nombres tan estimables como el de la Sra. Alverá y el Sr. Sánchez Castilla, no hay por qué decir que pudiera no echarse de menos en el teatro de la calle del Príncipe la invasión anual de los extranjeros (y conste que no digo *bárbaros*, en atención á la distinta acepción que desde el siglo v acá ha tomado el vocablo).

Con la graciosísima comedia de Blasco *El anzuelo* se dió á conocer la agrupación artística, y complacido por entero salió el público, pues no sólo los actores ya mencionados, sino otros hasta ahora desconocidos en Madrid, cumplieron á conciencia su cometido, haciendo ver que por la producción que hace veinte y tantos años estrenaron Matilde Díez y Manuel Catalina no pasa el tiempo y resulta tan fresca y lozana como entonces.

No sucedió lo mismo con el sainete de Ricardo de la Vega *El café de la libertad*, que halló el público de una soporífera vejez, con ser bastante posterior su estreno.

Y es que las obras escénicas se parecen á los vinos, en que el tiempo da valor á los buenos y estropea los medianos.

Pero este último error de resurrección no quita para que la nueva empresa de la Comedia se pueda prometer una excelente temporada de primavera, sobre todo si *pegan*, como en el tecnicismo de bastidores se dice, las no pocas obras nuevas con que ya cuenta y hasta tiene en estudio.

* *

Las otras aperturas de Pascua han sido las de los dos circos de Colón y de Price, que vuelven á exhibir sus eternos *clowns*, sus irremplazables *ecuyeres* y sus inacabadas barras fijas.

De regulares no pasan los números que en uno y otro local han dado como anuncio de lo que han de ofrecernos en lo sucesivo; pero como no falta la promesa de otras novedades, tampoco hay por qué creer que la fortuna abandona á ambas empresas.

* *

De la ópera del Príncipe Alfonso es de lo que no me atrevo á hablar.

Aunque la consideración, que no es desatendible de la falta de espacio, no me obligara á ello, para guardar silencio tendría en cuenta mi falta de competencia en asuntos musicales, dejando esta tarea á quien con mayor conocimiento de causa pueda juzgar á los cantantes.

* *

De lo que sí haré mención es de un estreno que hubo en el teatro Lara.

El juguete cómico *El regalo* no brilla ciertamente por una absoluta novedad, ni por ese saliente cómico ahora tan del agrado de la musa; pero el reputado periodista D. Angel María Castell da en él pruebas de tan delicado gusto, es su prosa tan suelta y castiza, y no se sale nunca en sus chistes de la más comedida discreción, que bien puede asegurarse que otros *Regalos* de mayor valía ha de hacernos si á las tareas escénicas se consagra.

Aun esto tuvo tan excelente acogida, que no pocos aplausos hubo la noche del estreno para el autor y para la Sra. Pino, que estaba hermosísima, y los Sres. Larra, Ruiz de Arana y Santiago que hicieron donosamente la pieza.

* *

Y aunque aquí dé por terminada por hoy mi tarea, no crean que con el catálogo de las novedades acabé.

El estreno en Apolo de *La Roncalesa*, la noche del beneficio de la bellísima y simpática tiple Isabel Brú, la *reprisse* de la comedia de Javier Santero, *Los guantes del cochero*, y algunas otras cosas, tienen que quedárase ahora rezagadas, no con poco sentimiento mío.

Pero si Dios da á vuestas mercedes paciencia, y á mí espacio, todo se andará y no habrá que culpar de olvidos, que serían imperdonables á

Macas Pedro el del Rotablo.

LOS DÍAS DE D. PANCRACIO

Cuando la luz alumbra del nuevo día
se levanta del lecho doña María.

Reza, cual de costumbre, sus oraciones,
y después de otras varias operaciones,
en su mantón de caudri s arrebujada
se dirige á la plaza de la Cebada.

Ya dentro del mercado, como es muy lista,
á todos los tinglados pasa revista,
y una vez orientada, vase primero
al puesto de Canuto, su pescadero.

—¡Hoy lo tengo muy fresco!...—dice Canuto,
que es un hombre muy bueno, pero muy bruto.—
Tengo truchas... lenguados... pajeles finos...
anguilas, salmónetes y langostinos.
Y un salmón...

—¡Dios me libre de tentaciones,
porque no están los tiempos para salmónes!
—Tengo merluza fresca...

—Venga merluza;
la pondré con guisantes á la andaluza.
Pues si usted me asegura que está fresquita,
deme un cuarto de kilo de esa colita.
—Tengo buen escabeche...

—¡Cuánto me alegro!...
ponga usted media libra que no esté negro.
—Sardinas de Coruña, frescas y finas...
—Otro cuarto de kilo de esas sardinas.
—¿Qué más pongo?...

—¡Ay, Canuto!... con eso basta,
que una se asusta luego de lo que gasta.
—No se olvide que debe tres cuarterones
que llevó el otro día de boquerones,
y otras seis perras grandes de las almejas,
que esas deudas se olvidan si se hacen viejas.
Pero en fin, ahí va todo, doña María.

—Pues que usted se divierta y hasta otro día.
Vamos á ver Perico qué carnes tiene;
la llevaré de falda, que hoy me conviene.
Echaré en el guisado muchas patatas,
que son alimenticias y son baratas.

¿No tiene usted cordero, señor Perico?...
—Sí, señora, y manchego, que está muy rico;
aquí tengo una pierna que está muy tierna.
—¿Qué quiere usted que haga con esa pierna?
Sólo ver tanta carne me causa empacho;
¡ni que fueran las bodas de don Camacho!...
—¿Quiere usted solomillo?

—No me hable de eso;
media libra de falda con poco hueso.
Hoy no puedo pagarle.

—Pues no hay chuletas,
que aún tiene usted un pique de dos pesetas.
—Pues apunte en la cuenta.

—¡Qué tontería!
¿No ve que ya ha perdido la puntería?...
—Se porta usted conmigo muy malamente...
¡Sacarme los colores ante la gente!...
—Pues tenga y no me olvide.

—Gracias, Perico;

mañana cuando venga le daré el pique.
Ya tiene para rato si éste me espera.
Ahora vamos al puesto de la pollera.
Hay perdices... ¡Qué ricas!... Buen alimento
si no fueran muy caras... Echaré un tiento.
—¡Á ocho reales, señora!

—Traiga que huela.

—No hay mejores perdices en la plazuela.
¿Pero qué está usted haciendo con las narices?...
—Que yo no encuentro frescas estas perdices.
—¡Esta doña María tiene unas cosas!...
¿Quiere usted que ese sitio le huela á regas?
Lleve un capón y le asa con acederas.
—Ya sabría guisarlo de mil maneras;
pero no me convence con sus razones...
yo no soy partidaria de los capones.
La perdiz en tres reales la llevaría.

—No haga usted despilfarros, doña María.
De aquellos menudillos no hay que olvidarse.
—Por deudas tan menudas no hay que apurarse.
Conque adiós, Segismunda, y hasta mañana.
Voy á ver qué verduras me da Bibiana.
Tenga muy buenos días. ¿Me da un repollo?...
lo coceré con salsa de perillito.
Llevaré unos pinchos de extraordinario,
y deme unas hojitas para el canario.
Hoy me dijo Pancracio:—Que son mis días...
Y tengo convidados á don Matías,
á doña Paz, á Petra y á un señor cura
que es párroco de un pueblo de Extremadura.
—Pues va usted á dar un *lunche*, que ni en palacio...
¡muchas felicidades á don Pancracio!
—Gracias; mañana p. go, si usted me fia...
—Que me debe tres reales.

—Ya lo sabía.

Compraré unos bolitos, que es cosa buena,
y además un cuartillo de cañiñena.
Y llena de entusiasmo doña María
se pasó haciendo guisos todo aquel día.
Los invitados llegan al poco rato;
sirvese la comida plato por plato,
y se ven en los rostros de aquellas gentes
sonrisas y miradas inteligentes.
Al salir dijo el cura, que es un tunante:
—Ha sido la comida tan abundante,
que por si me hace daño, cosa no extraña,
compraré una botella de Carabaña.
Cuando los comensales se despedían
marchaban con más hambre que antes tenían.
Y al encontrarse á solas dijo el esposo:
—Á esto en mi tierra llaman hacer el oso.
Y pensando en la burla de aquella gente,
se le alteró la bilis tan grandemente,
que tuvo que comprarle doña María
la botella que el cura comprar quería.
Y exclamaba al mirarle tan triste y lacio:
—¡No olvidaré este día de San Pancracio!

Juan Pedondo y Menduñá.

CANTARES

Cuando lo doy á mi novia
palabras de amor sagrado,
sin saber por qué... me acuerdo
del humo de mi cigarro.

Mi nombre sobre la arena
escribí de aquella playa,
y antes lo olvidaste tú
de que lo borrara el agua.

Anoche conté, una á una
en el cielo las estrellas,
y hay tantas, que casi ignora
su número al de mis penas.

Domínguez Olmedas.



PRIMAVERA.—Cuadro de E. Pelayo Fernández. —(Fotografía de Laurent y Comp.^{sa})

UN BOHEMIO

(MONÓLOGO)

—¡Hastío maldito, compañero inseparable de mi vida, déjame en paz! Yo no he nacido para habitar en un mundo tan miserable y tan chico; estoy fuera de mi centro; un hombre de mi talento no debe pasarse la vida como yo, á bofetadas con las judías y los consonantes; ¡oh!... ¿Porqué tendré una cabeza tan bien configurada? Cualquiera creería que dentro de este cuerpo flacucho y desmedrado que todo el mundo conoce en la república de las musas por Pascual Martínez, se encierra un alma tan grande como la mía! Pero las generaciones futuras me harán justicia, y quizá no falte algún ateneísta que al hablar de mis obras, diga: "Pascual Martínez se parecía á Alfredo de Musset, como Espronceda se pareció á Byron".

El poeta calla un momento y fija sus miradas en un pedazo de cielo que se descubre por la estrecha ventana de su bohardilla.

—¡Qué noche tan espléndida!—prosigue diciendo:—¡ay, luna querida, mi inseparable amiga, qué hermosa estás! Siempre que te veo me acuerdo de esos magníficos quesos de bola que hay en las tiendas de géneros ultramarinos. ¿Porqué asociará mi imaginación dos ideas tan extrañas? ¡Ah! *Tu dixit*, Núñez de Arce:

•Nunca los hombres sabrán
por qué en el cerebro humano,
como en el hondo Océano,
las olas vienen y van. •

Pero, en fin, siquiera la luna, *la reina de la noche*, como dicen los escritores cursis, me trae á la memoria un recuerdo agradable, (los quesos de bola siempre me han merecido grandes simpatías); no así las estrellas, pues en cuanto las veo me acuerdo de las que ví aquella noche fatal á la salida de Fornos.

Era el día 13 de Enero, ¡nunca lo olvidaré! Arturo me había dado dos pesetas, y gracias á su generosidad cené con relativo lujo; pero después tuve el malhadado capricho de ir al café; sólo me quedaban quince céntimos; ¿qué tomaré con un capital tan menguado? decía yo; y pensando en esto entré en Fornos, di tres ó cuatro vueltas por el salón con esperanzas de encontrar algún amigo, y cuando comprendí que mis repetidos paseos empezaban á llamar la atención, *tomé*... asiento.

—¿Qué va á ser?—preguntó el mozo.

—Por ahora, nada; más adelante... Y, efectivamente, al poco rato *tomé* parte en la conversación de algunos literatos que ocupaban una mesa próxima á la mía... y después tuve que *tomar*... la puerta, porque el mozo, creyendo que yo quería *tomarle el pelo*, se puso hecho un energúmeno. ¡Nunca hubiera salido! Las iras de mi perseguidor no me hubiesen lastimado tanto como el garrote de un señor gordo con quien tropecé al salir. Fué un palo homérico, que me mortificó el amor propio y las costillas.

¡Por cuántos malos ratos, vergüenzas y sinsabores pasan los que, como yo, no tienen dinero; ese

irresistible metal para el que no hay empresa difícil, amistad sincera, ni virtud segura! Es que cuando los bolsillos del chaleco están vacíos, no hay maño que se atreva á decirle á una mujer, *por ahí te pudras*, aunque decir semejante cosa me parece una barbaridad. Ayer tarde, paseando por la Puerta del Sol, pasó á mi lado una modistilla preciosa; el corazón me hizo ¡cataplúm! y me acerqué á ella.

—Es usted encantadora.

—Gracias.

—¿Quiere usted que la lleve en coche?

—Gracias, otra vez.

—¿Me permite usted que la acompañe?

—¿Me paga usted un café con media tostada?

Aquello fué un escopetazo.

—¡Ay, señorita,—repuse llevándome las manos á la parte agredida;—me he dejado el dinero en el otro chaleco!

—Pues vaya usted por él.

La niña era un *punto*; gracias á que yo no me apuro por nada, y la contesté enseguida:—¡Ya lo creo que iría... si el chaleco en cuestión no estuviese empeñado!

¡Y todavía hay quien sostiene que el dinero no sirve para nada! ¡Pero véa usted quién lo dice! Los desheredados que no conocen el oro más que de referencias, y creen que los billetes de mil pesetas se han hecho para uso exclusivo de los personajes que figuran en las novelas de Alejandro Dumas. ¡Bobería!

•¡Voces que hacen correr cuatro poetas
que en invierno se embozan con la lira!
¡Ladridos de los perros á la luna! •

como escribió aquel desdichado que en vida se llamó Gustavo Adolfo Becquer.

La verdad es que esto no puede seguir así (*bostezando*), y que hay que tomar... alguna resolución decisiva á falta de otro manjar más substancioso, porque creer que los consonantes dan para comer, es el más solemne de los disparates.

Algunos amigos me han aconsejado el matrimonio. ¡Claro!... como si fuese fácil encontrar lo que yo necesito; hace más de veinte días que le dí á D. Valentín Espinilla, director de *El Papamantas*, un soneto con estrambote y sus ripios correspondientes, á cambio del siguiente anuncio: "Un poeta con veinticinco años y algunas deudas desea casarse con viuda ó soltera que tenga dinero; no mira familia, belleza ni edad. Escribir calle del Bonetillo, etc.". Me parece que no podía exigir menos. Un hombre joven como yo, que podía explotar su figura, amante entusiasta de todo lo bello, declarar á la faz del mundo que estaba dispuesto á apechugar con la primera mujer que se presentase, aunque fuese un refinamiento de fealdad y un monumento histórico, es el mayor de los sacrificios. Todo lo soportaba con tal que mi esposa tuviese lo suficiente para asegurarme el cocido el resto de mis días. ¿Y quién creerá que sólo

se presentó una vieja espeluznante, diciendo con la poca vergüenza que dan los muchos años que, aunque pobre, era todavía lo bastante aceptable para hacerse querer por sus particulares prendas?... Afortunadamente, aquel día mi miseria era tan grande, que me estaba cayendo de debilidad; si no, hago el disparate de cogerla por los pies, aun á riesgo de verla las pantorrillas, y tirarla por la ventana. (*Se oye cantar á un gallo.*) ¡Caracoles!... Ya empiezan á cantar los gallos; se conoce que está amaneciendo. Hoy sábado me convidó á almorzar en casa de González; á las tres voy á la cita que me dió ayer Arturo, el más espléndido de mis amigos. Procuraré comprometerle á que me compre un trajecillo de entretiempo... y unas botas, porque las que tengo están abiertas en canal por dos ó tres partes; pero, ¿y la americana que ahora llevo, que está más rota y deslucida que capa de estudiante? ¿Y de dónde saco las cincuenta y siete pesetas que debo al animal del casero?

«Preguntitas son éstas, ¡caracoles!
á que ha de contestar poquito á poco,
porque tienen tres pares de bemoles.»

(*Bostezando.*) Pero, claro; como yo soy quien lo pregunta y quien tiene que contestar, no doy con la respuesta... y por eso, ni ellos cobran ni yo salgo de apuros (*Vuelve á bostezar y se queda dormido.*)

Han transcurrido algunas horas. Las sombras de la noche huyen acosadas por las alegres claridades del día; el sol ilumina los tejados y las cúpulas de las iglesias, engendrando multitud de caprichosos reflejos, y de la calle empiezan á subir esos ruidos confusos que caracterizan el despertar de las grandes ciudades. Ahora que hay luz podemos examinar la habitación del poeta. Es una bohordilla compuesta de dos habitaciones que reciben aire y sol por una sola ventanita; los muebles se reducen á un baul viejo sin cerraduras, dos sillas tan antiguas como el baul, encima de las cuales hay una palangana con agua sucia, unas botas, dos peines y un cepillo; un estantito con libros, una guitarra sin cuerdas y un catre de tijera.

Dieron las nueve de la mañana, y Pascual despertó sobresaltado; había creído sentir pasos en la escalera que daba acceso á las bohordillas; y, en efecto, casi al mismo tiempo llamaron á la puerta.

- ¿Quién es?—preguntó.
- ¿Vive aquí Pascual Martínez?
- No, señor.
- ¿Cómo que no?

—Se ha mudado.

—¿Quiere usted decirme á dónde?

—Á la calle de... ¡al infierno, no sé, déjeme usted en paz!... ¿Que yo soy Pascual Martínez?... ¡No sea usted bárbaro!... Bueno, dé usted parte, ¡jumento! haga lo que quiera, yo no le pago porque no me da la gana... ¡Indecente! Si no fuese porque el Sr. González me está esperando para almorzar, abría la puerta y le arrojaba por las escaleras... ¡Vaya usted al diablo!... Pues hombre, el día se presenta bueno; aún no han dado las nueve, y ya viene el maldito panadero á cobrar las veintiocho libretas que le debo; ¡cobrar!... Ese hombre no anda bien de la cabeza, pues por experiencia antigua sabe que cobrarme á mí es tan difícil como encerrar los rayos del sol en una botella... ¿Eh?... ¿Quién anda ahí?... Buenos días, vecino... ¿una carta?... ¡Hombre, la trajeron anoche!... Hágame el favor de echarla por debajo de la puerta... Muchas gracias. ¡Qué sorpresa!... (*Lee.*) «Caballero: He leído el anuncio que insertó usted en *El Papamantas* del día... y aunque me da mucha vergüenza confesárselo, creo ser la mujer que á usted le conviene; si su corazón está libre todavía, sírvase venir á esta su casa, calle... S. S. S.—*Timotea H.*... ¡Oh felicidad! Ya encontré lo que deseaba; bien dice el refrán, que Dios aprieta pero no ahoga. Hoy mismo me presento; lo que deploro es el estado de mi traje; pero, en fin, lo cepillaré para que parezca otra cosa. (*Coge un peine y empieza á peinarse.*) ¡Maldita rayal... Tengo un pelo tan indómito que... ¡ya salió!... Sí, yo le pido á esa señora doscientas pesetas adelantadas, ¿qué menos?... (*Cepillándose.*) Hombre, ahora veo que esta ropa, una vez limpia, no está del todo mal; el pantalón es de rigurosa moda, y la americana... ¡También el cuerpo hace mucho!... (*Pausa.*) ¡Cáscaras! ¿Cómo será esa mujer que el cielo me envía para sacarme de apuros? Debe de ser joven; lo conozco en que su carta está escrita con un pulso muy seguro; debe de tener pocos años... y muy poca vergüenza. Ea, ya estoy; creo que nada se me olvida... (*Dirigiéndose á las paredes con ademán dramático.*) ¡Ah, miserable bohordilla, testigo de mis ilusiones y de mis apuros, nos vamos á despedir muy pronto; el mundo me llama, la gloria me espera, las musas coronarán mi frente de inmarcesibles laureles, mis poesías correrán de boca en boca, mi fama no reconocerá límites! (*Dando una zapateta en el aire.*) ¡Olé ya, olé ya!... ¡Jesús, qué chiflado estoy!... ¡Pues no me había puesto el sombrero al revés!... (*Sale cantando alegremente.*) Yo soy Barba Azul, ¡chipé!...

Eduardo Zamacois.

GITANERÍAS

Cuando ríe mi chiquilla,
los ángeles en el cielo
tocan palmas de alegría.

¿Que porqué la quiero tanto?
Porque es buena: y las mujeres,

que lo sean es milagro.

No llores tú, cielo mío,
que yo tengo para tí
á montones el cariño

Me basta para mi dicha,

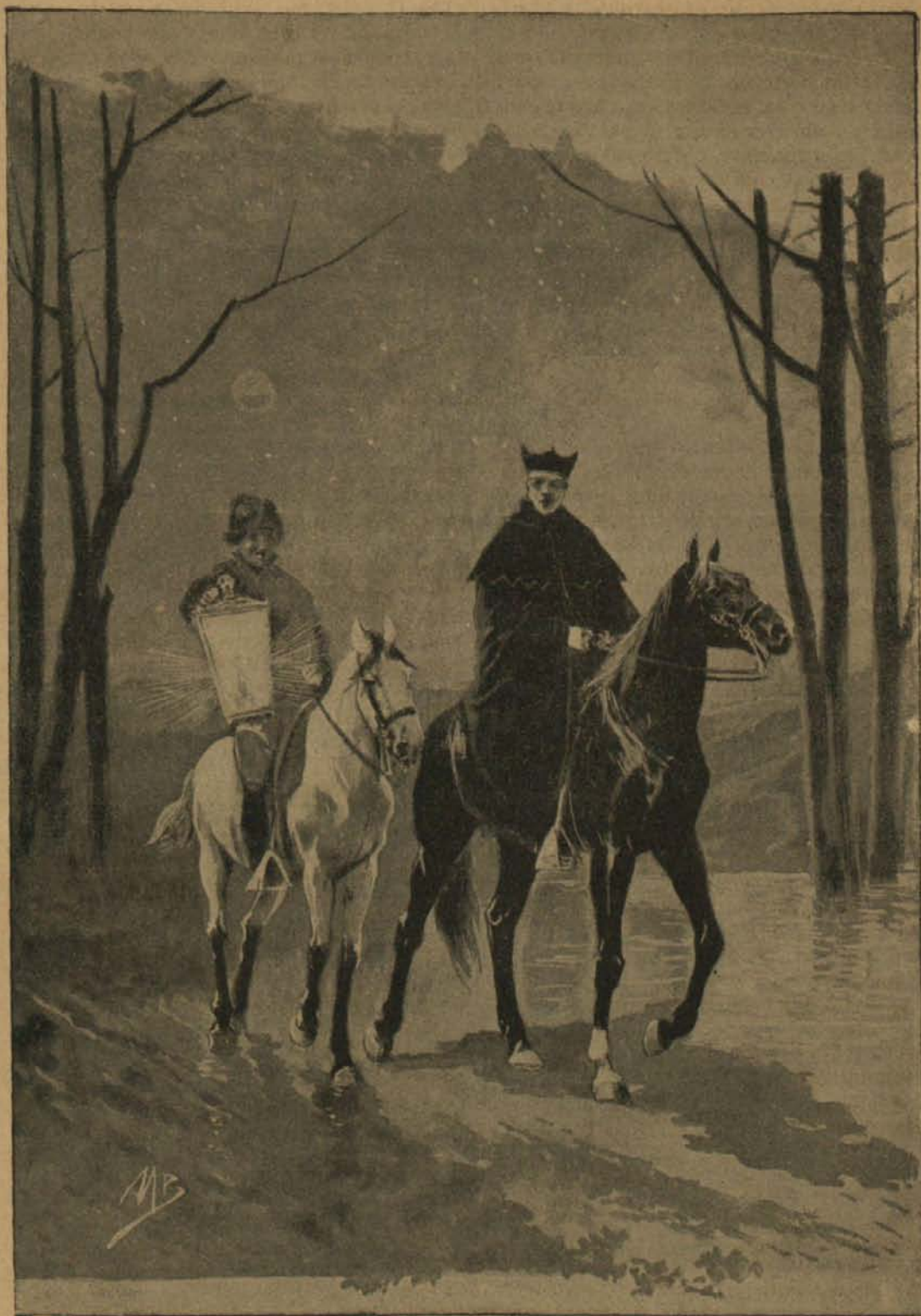
una casita en el campo
y el querer de mi chiquilla.

Serrana, cuando yo muera,
moriré con alegría
sabiendo que tú me rezas.

Enrique de Luis.

EL FAROL DE LA UNCIÓN

La noche, que era obscurísima, y el bosque muy espeso, de tal suerte hacían las tinieblas compactas, que el cura y el sacristán caminaban uno al lado de otro sin apenas ver más que las patas de los



caballos y el trozo de musgoso suelo, sobre los que iban á dar los débiles rayos del farol de la Unción. Las pisadas de los potrancos resonaban en aquella silenciosa sombra con ecos uniformes, produciendo un seco machaqueo al chocar las herraduras en los guijarros de la vereda. Las riendas resultaban

inútiles en las tinieblas, y no las soltaban los ginetes por evitar un resbalón; pero en realidad de verdad las caballerías avanzaban guiándose por su instinto, más útil en la impenetrable penumbra que los ojos. Un viento sutilísimo que soplaban del Noroeste silbaba por entre los troncos, aumentando la medrosidad del paraje. No de otra manera debieron hacer sus jornadas famosas por los andurriales manchegos el nunca bien alabado cual se merece Don Quijote con su follón escudero Sancho Panza.

Y como ellos hablaban de alto á bajo, pues la voz del cura sonaba más arriba que la del sacristán por la mayor altura de la cabalgadura, distinguiéndose en la callada noche un acento sereno y claro, revelador de una gran presencia de espíritu, y un balbuceo entre dientes castañeteando que acusaba una regular dosis de espanto.

—¿Pero, tienes miedo, Toribio?—decía el capellán con cierta ironía.—¡Tú, un hombre del campo! ¡Porque la noche esté un poquito oscura! Supongo que no será la primera que te coja en despoblado. Á mí, por lo menos, no es la primera. ¿Y qué significa para nosotros andar á oscuras? Nada. Dejar á las caballerías que marchen á su antojo, porque con toda nuestra inteligencia no poseemos su fina nariz. ¿Temes perderte?

—No—contestó el sacristán.—Me sé estos sitios de memoria. Andaría por ellos con los ojos cerrados.

—Lo mismo que si anduvieras, porque no se ve jota. ¿Y tienes miedo?

—Sí, señor.

—Supongo que no será de los lobos. Ni corre el invierno ni se suelen aventurar á tan larga distancia de la sierra.

—Son otros lobos los que á mí me preocupan, D. Faustino. Los carlistas.

Á la jaca del cura se le fueron las manos, y el capellán no contestó al pronto, enredado con las bridas; pero muy luego prosiguió, después de acariciar en el tozuelo al animal:

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con los carlistas, Toribio?

—Nosotros con ellos nada; pero ellos con nosotros algo—repuso el sacristán con sentencioso tono.

—Confieso que no te entiendo. ¿Porque ellos meredean por estos contornos, iba á quedarse sin la Unción ese pobre moribundo? ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar? Soy un sacerdote, me llaman para prestar los últimos cristianos auxilios á un agonizante; mi deber es acudir á cualquier hora y córrase el peligro que se corra, y así lo hago.

—Así lo hacemos—agregó el sacristán filosóficamente, pidiendo su parte de heroísmo en el hecho, cosa que arrancó la risa al buen padre.

—Entonces... ¿qué puede sucedernos?—preguntó el clérigo de que pudo dominar su hilaridad.—¿Que nos salga al paso una partida y nos detenga? Le explicaremos á donde vamos, y no hay nadie, y ellos menos, representantes de los fueros de la religión hollada por los liberales...

Á pesar del pánico se le sublevó al sacristán su enjundia liberalesca, y cortó la palabra al capellán diciéndole con tonillo picado:

—Don Faustino, los liberales no "hemos", hollado nada.

Nuevas risas del cura, que revelaba ser hombre propenso á ella, tan propenso á la hilaridad como á la conversación.

—Buen "hemos", Toribio; buen "hemos". Esa palabra vale un Perú. ¡Vaya, ya he dado en el clavo! Temes que nos detengan, y conociendo tus opiniones te peguen cuatro tiros.

—Demasiado sabe, D. Faustino, que yo podré pensar lo que quiera; pero no me he metido nunca en política...

—¡Bien, hombre, bien!... Yo no soy el cabecilla que ha de fusilarte.

—Lo que temo, padre, es que nos descerrajen una descarga sin decirnos "¡ahí va eso!". Y luego adivina quien te dió, y que han disparado sobre la santa Unción...

El cura se puso serio de repente y exclamó:

—¿Pero cómo puede ser eso en una noche como boca de lobo?

—Pues muy sencillo. Dentro de unos minutos vamos á salir del bosque al llano, donde ellos tienen sus trincheras, y en cuanto nos atisben... ¡fuego!

—¿Pero cómo van á vernos?

—¿Y el farol?

El cura guardó silencio un instante. La observación del digno sacristán era de fuerza. El pobre hombre llevaba sobre el arzón, sujetándolo con el brazo derecho, el gran farol que, á pesar de su luz mortecina, brillaba como una estrella en aquella densísima noche. Sólo que las estrellas ni están á tan bajo nivel ni andan con uniforme movimiento, y la llamita, que rompía un punto la oscuridad, revelaba desde luego gente en camino.

—¡Debe de hacer un blanco tremendo!—pensó el cura.

El sacristán venteó las ideas que pasaban por la mente del clérigo, y por su interés y el de la propia pelleja, propúsose que inclinaran su voluntad en apoyo de sus propósitos. Y de repente exclamó Toribio:

—Lo que debemos hacer es apagar el farol en cuanto dejemos atrás los últimos árboles.

El sacerdote pundonoroso se despertó en el acto en el espíritu del clérigo al recibir, á boca de jarro, la proposición del sacristán. Tan gran impresión hicieron aquellas palabras en el cura, que por un movimiento de que no se dió cuenta refrenó un instante el caballo, que se paró al sentir el súbito tirar de bridas.

—¿Pero qué es lo que quieres entonces?

El sacristán no se atrevió á emitir su pensamiento al advertir el efecto que habían producido sus frases, y dejó que el mismo cura concluyera su pregunta.

—¿Que lo apagaremos?—siguió el clérigo.

—Sí, señor—exclamó resueltamente el sacristán,—para evitarnos el blanco.

La voz del clérigo cambió de entonación desapareciendo de ella hasta el más leve dejo de broma. Y en su sitio quedó un acento severo é indignado.

—¡Cómo!—exclamó.—¿Apagar el farol? ¿Tú has visto llevar nunca la unción con el farol apagado? ¡Vamos! El miedo te hace delirar. Aunque me maten no suprimo yo la luz. El cumplimiento de mi ministerio la exige y continuará encendida mientras aiente.

El sacristán enmudeció no atreviéndose con aquellas energías y continuaron uno al lado de otro en silencio. Se acabó á poco el bosque y salieron á la llanura, advirtiéndolo porque el viento pareció venir de más alto, azotarles con más fuerza y porque el pisar de los cuadrúpedos empezó á resonar con menos ecos. La obscuridad, aunque no tan compacta, seguía siendo muy densa.

De pronto, no habrían andado veinte metros, fulguró en la sombra un fogonazo, estalló una detonación y una bala pasó silbando por entre el sacristán y el cura.

—¡Lo vé usted don Faustino!—exclamó todo acongojado el sacristán.—¡Nos vamos á hacer matar inútilmente!

De los ojos del bravo cura debió de caer sobre el sacristán una mirada fiera. Y el clérigo dijo rechinando los dientes, sin temblarle la voz:

—¡Cobarde!

—Pero don...

—Dame el farol. Venga. Sin replicar.

El sacristán lo soltó, oscilando la luz al entregarlo, parpadeo que motivó un nuevo disparo de las trincheras hundidas en la sombra. Por fortuna, los ocultos enemigos apuntaban mal. El clérigo no se ocupó gran cosa de aquel fuego graneado. Acomodose el farol en el arzón y gritó luego al aturdido Toribio que daba diente con diente:

—Ya estás á salvo. Ahora pica espuelas y lárgate porque yo voy á continuar sirviendo de blanco. Ya sabes á donde vamos. En la masía nos reuniremos.

El sacristán no aguardó la ratificación de la orden; espolcó con furia al potranco y arrancó al galope, mientras el clérigo, poniendo su caballo al trote, continuó la jornada, impasible, demostrando que bajo la sotana de paño, latía un corazón indomable, digno de un héroe. Los carlistas proseguían disparando sobre la luz misteriosa, sosteniendo acaso el fuego los escuchas y sin atreverse á destacar

fuerza alguna por temor de que el punto luminoso ocultara una emboscada.

—¡Bandidos!—decía el cura á cada detonación, y añadía:—¡Qué brutos sois! ¡Cualquier día iba á brillar esta luz tanto tiempo si fuese yo el que disparase con mi escopeta de caza.

Y á la hora se apeaba el duro clérigo en la masía, donde le aguardaba el sacristán y la que se encontraba ya en terrenos ocupados por el ejército de la reina. Los carlistas habían concluido por afinar la puntería y trafa el balandrán agujereado por un balazo y el farol con un vidrio partido pero encendido el pábilo.

—¡Como que iban á poder más que yo!—exclamó desmontando.—

Dejaría de haber nacido en la Rioja para tener dura la cabeza. La Unción debe de llevar luz y ahí está sin apagar el farol. Lo que es que tiran muy mal; son unos chambones. Conque ¿dónde está el moribundo?

Y se entró por el portal de la masía.



Alfonso Pérez Nieva.

EL POLO

Es un nuevo *sport*, al que se consagra ahora con entusiasmo la juventud aristocrática; es decir, nuevo en nuestra tierra, pero viejísimo en otras, pues á juzgar por datos históricos, se jugaba en la India algunos centenares de años antes de la Era cristiana.

Los ingleses fueron los primeros en incluir este ejercicio en sus fiestas hípicas, reformándolo en sus detalles, aunque sin variar considerablemente su estructura.

Consiste en formar dos bandos de ginetes que se distinguen por su color, generalmente azul y rojo,



que se colocan en el centro de la pista. Un juez, encargado de premiar el juego, lanza en medio del grupo una bola de madera poco mayor que una naranja, y los ginetes, provistos de un mazo con mango de bambú, que tiene el largo conveniente para llegar al suelo sin que el caballista tenga que inclinarse demasiado, persiguen y golpean la bola para arrojarla los de cada bando á la división del contrinante.



Conseguido esto, gana un tanto el que hizo entrar la bola, y así se continúa hasta llegar al número designado, ganando el partido el que antes logró hacer los tantos convenidos.

Cada bando tiene un director, que designa entre los más diestros, y cuya misión es estorbar las maniobras de los contrarios y favorecer las de los suyos, dejándoles en posesión de la bola para que puedan lanzarla fácilmente á la división contraria.

Del tino y habilidad de los directores depende el éxito.

Así que concluye un partido, cambian de color los jugadores, para que los accidentes del terreno,

la luz ó la costumbre no puedan influir favoreciendo á uno con desventaja de otro.

Desde que los ingleses introdujeron en Europa este *sport*, ha logrado tanto ascendiente, que se cuentan por cientos los Clubs organizados en las diferentes naciones, y aunque en España no ha sido establecido hasta hace dos años, afirman los peritos en el asunto que es uno de los mejores que se

conocen, por el entusiasmo con que se consagran á él los socios y por las indudables condiciones de buenos ginetes que reúnen.

La implantación en Madrid del Polo se debe al Excmo. Sr. D. Pablo Larios que, secundado por sus más íntimos amigos, organizó algunos partidos en sus posesiones de Moratalá.

Como no podía menos de suceder, puesto en práctica el pensamiento, pronto adquirió la importancia que le correspondía, y toda la aristocracia madrileña acogió con entusiasmo el juego.

Por iniciativa de los más fervientes partidarios constituyose una sociedad denominada "Polo Club", que se estableció en el Hipódromo, y cuyas listas se formaron con lo más selecto de la juventud aristocrática madrileña, que eligió como presidente al duque de Alba y como secretario al marqués de Bedmar.

Organizáronse partidos tres veces por semana, á los cuales comenzaron á asistir, desde luego, muchas damas de la nobleza, que encontraban nueva y gratísima distracción en los incidentes del juego.

La Infanta Isabel, muy aficionada al *sport*, como es sabido, ha honrado muchas veces con su presencia la tribuna del Hipódromo para presenciar el juego, demostrando mucha complacencia por la habilidad y destreza de los ginetes.

El mejor elogio que de éstos puede hacerse es consignar que algunos de ellos han jugado en pistas extranjeras, ganando á los más famosos campeones.

Hasta hoy el juego del Polo, indudablemente uno de los más higiénicos que se conocen, no constituye aquí una fiesta pública; pero el carácter privado que tiene, debido á la calidad de los jugadores, desaparecerá, como ha sucedido en el extranjero, cuando generalizado llegue á constituir una fiesta popular como las carreras de caballos.

Claro es que entonces los jugadores serán profesionales, y la nobleza se entregará á este *sport* únicamente como entretenimiento privado; pero no por esto perderá la fiesta interés; antes, por el contrario, siendo más accidentada que las carreras, llegará á tener muchos más partidarios que éstas.

Hoy, recién implantada, sólo es la diversión favorita de la juventud aristocrática madrileña, que se entrega á ella con verdadero entusiasmo.

Enrique Contreras.



FIDEL TRAPATUESTA, Ó EL PRESTIDIGITADOR TRASHUMANTE

I

Si vais á Villapastel
os dirán los aldeanos
que para juegos de manos
no hay otro como Fidel.

Fidel era un calavera
que vivió en Madrid seis meses
de la trampa, y crió ingleses
como un bohemio cualquiera,
llegando á tal situación
que no le faltó el pan nuestro,
gracias á que era un maestro
de prestidigitación,

y en vez de andar por la villa
á éste acecho, al otro estrujo,
se fué á echárselas de brujo
por los pueblos de Castilla.

En sus viajes peregrinos
pasó por Villapastel,
á cuyo alcalde cruel
detestaban los vecinos.

En un arranque de humor
que nadie pudo soñar,
llevó el alcalde á cenar
al prestidigitador,

y dispuso en una hora
dar una función casera
para que se distrajera

su simpática señora,
sin presumir que la tal
(que nunca le ha sido infiel)
se iba á prender de Fidel
lo mismo que un animal.

II

Con los mejores deseos
Fidel hizo aquella noche
lo que se llama un derroche
de lindes escamoteos.

¡Con qué prontitud sacaba
dos armarios de una vela!
¡Cómo al maestro de escuela
se le caía la baba,

sobre todo al verle (en pos
de un resultado seguro)
meterse en la manga un duro
y luego sacarse dos!

No es posible recordar
tantos juegos de una vez.
Pidió una moneda al juez
y no se la ha vuelto á dar;

prendió fuego á una banasta
que estaba llena de ropa,
y de un sombrero de copa
hizo después una plasta;

sacó en un momento un sable
de un alfiler imperdible...
Y aquí llega lo terrible
de la fiesta memorable.

Faltaba el juego mejor
entre los más sorprendentes,
cuando notaron las gentes
la ausencia del jugador,
y aquel alcalde corril
se enteró, vertiendo hiel,
de la faga de Fidel
con la alcaldesa gentil.

En fin, lector (ó lectora),
¡figúrese usted la gresca
que armaría al ver el escamoteo
de su señora!

Por tres ó cuatro naciones
el infeliz la ha buscado,
hasta que Fidel se ha hartado
de juegos y de excursiones
con aquella desgraciada,
y al año de haberso ido,
se la ha devuelto al marido
corregida y aumentada.

Por eso en Villapastel
afirman los aldeanos
que para juegos de manos
no hay otro como Fidel.

Juan Pérez Zúñiga.

La semana ciclista

En el ciclismo, como en todas las manifestaciones de la vida social, existen sociedades para todos los gustos y gastos. Tenemos en Madrid la colectividad de los antiguos, como se llama á la Sociedad de Velocipedistas; la sociedad de los aristócratas, como es el Club Velocipédico-Madrileño; la agrupación de los comerciantes ó por otro nombre Unión Ciclista Comercial; existen, en fin, la Velo-Excursionista, la Unión Cíelo-Postal, la Sociedad Velocipédica Infantil y por último, La Tortuga, que es la que nos ha de ocupar por breves momentos.

Dicha sociedad, fundada única y exclusivamente para hacer excursiones, cuenta con un buen número de socios, quienes no pagan de cuota más que cinco pesetas á su ingreso en la sociedad, y por cuya cantidad se les da gratis insignias y reglamento. Su domicilio social está situado en el velódromo de la calle de Goya.

Entre las particularidades de esta sociedad, dignas de tenerse en cuenta, hay una muy notable y es que en las excursiones oficiales que celebra la sociedad, se nombra un *cabo de ruta* quien va á la cabecera de la excursión, marcando el paso que deben llevar los demás; el que pase al *cabo* paga una

peseta de multa por cada vez que lo haga, con lo cual, excusado es decir que en todas las excursiones de La Tortuga, venían con orden y corrección admirables.

Con esos elementos y formada la sociedad como está por gente alegre y de buen humor, excusado es decir que la fiesta celebrada el último domingo, en conmemoración del aniversario de su fundación fué en extremo amena y divertida.

Reciba La Tortuga nuestro modesto pero sincero aplauso, y ojalá se le enderezca el *espaldar* hasta el punto de que no puedan nada contra ella las envidias de unos y la malquerencia de otros.



Doña Eulalia Molina.

Al mismo tiempo que se celebraba en el Campo de Recreo la fiesta de la cual nos ocupamos más arriba, tenía lugar en el Restaurant de Niza otra reunión de carácter íntimo y en la que los amigos y admiradores del notable corredor catalán, D. Juan Sugrañes, testimoniaban á éste la admiración que les había producido su triunfo sobre todos los corredores españoles en la carrera Gran Premio de la Unión.

En la reunión hubo franca expansión y cordial alegría, haciendo todos los conmensales votos para que el triunfo de Sugrañes sea mayor, si cabe, aun en la carrera Madrid-Toledo y regreso.

Las carreras que se celebraron el pasado domingo en Lérida, á beneficio de la Cruz Roja, se vieron muy concurridas

por numeroso público, habiendo tomado parte en las mismas buen número de corredores.

Los regalos ofrecidos por S. M. la Reina Regente, y por S. A. R. la Infanta Isabel, llamaron justamente la atención, por su valor artístico é intrínseco.

Las carreras produjeron pingües rendimientos para el Sanatorio de la Cruz Roja establecido en aquella ciudad.

Los efectos de las carreras en carretera se dejan sentir de una manera *alarmante*, si que también *satisfactoria*.

En Ávila, población en la cual el ciclismo había decaído en estos últimos tiempos, ha vuelto á reaparecer ahora con más bríos que nunca, desarrollándose de nuevo la afición con verdadero furor. ¿Quién ha hecho el milagro? La carrera en carretera, recientemente celebrada en la ciudad de Santa



Excursión del Club Velocipédico de la Coruña á Betanzos.—Vista tomada en Angustias.—Fotografía de J. Avrillón. (Coruña).

Teresa de Jesús. Los ciclistas abulenses despertaron del letargo en que yacían, al ver tantos corredores y tantos ciclistas como iban y venían de Ávila todos los días, preparándose para la pasada lucha.

Es la gran ventaja que tienen las carreras en carretera sobre las carreras en pista. Las primeras por sus resultados prácticos y positivos hacen más propaganda para el ciclismo que las segundas. El contacto con el público es más directo; y los profanos aprecian más que se hagan en carretera los 100 kilómetros, en tres horas, por ejemplo, que no en dos en una pista.

La excursión organizada por el popular periódico ciclista *El Deporte Velocipédico* á Rioseco, durante las fiestas de Semana Santa, se vió en extremo concurrida. Asistieron de Madrid los Sres. Mejía, Fernández (D. Amalio) y Sierra (D. José M.^a); de Salamanca los Sres. Gombau y Primo, y de Valladolid unos treinta ciclistas.

Cuando el público lea estas líneas, probablemente habrá terminado la carrera Madrid-Toledo, que ha de celebrarse hoy. Circulan varias profecías por ahí y como no quiero ser menos que otros, ahí va la mía:

- 1.º Sugrañes.
- 2.º Peris.
- 3.º Fabiá.

Y Dios sobre todo.

El conocido corredor malagueño, Sr. Mingorance, dejará en breve la carretera, para dedicarse únicamente y exclusivamente á las carreras en pista.

Carlos de Ganto.



Emilio Leal (edad, cuatro años).—Fotografía de M. de la Peña.



UN DÍA DE CAMPO.—Fotografía de Amalzo. (Aficionado).

VERDAD NOTORIA

Harto ya de padecer
de su amada mil enojos,
él, que sólo con los ojos
conquistaba á una mujer,
pues hubo pocas que fuesen
fuertes ante sus miradas
y á discreción, derrotadas
por ellas, no se rindiesen,
decidióse por tomar
heroica resolución,
y buscando la ocasión
á fin de poder llevar
á la práctica su hazaña,
hubo de triunfar con creces
probande que vale á veces
más que la fuerza, la maña.

Á la dueña precavida
que vigilaba celosa
á aquella doncella hermosa
por la que él diera la vida,
buscaba con tal aliento
y con tanta decisión,
que al fin halló la ocasión
para conseguir su intento.
Era la tal timorata,
vieja, soltera y astuta,
con pujos de resoluta
y ribetes de beata,
y á pesar de que tenía
los setenta bien cabales,
aún pensaba que señales
de una antigua gallardía
en su cuerpo conservaba,
y aún creía, en su simpleza,
que señal de su belleza
en su rostro atesoraba,
pues juzgaba que sus ojos
eran la prueba segura
de una pasada hermosura
de que aún guardaba despojos.
Vieja altiva, vana y brava,

que tenía en su sobrina
la esclava lo más divina
que puede ser una esclava;
vieja astuta, que sabía
el valor de su doncella,
y no se apartaba de ella
ni de noche ni de día.
La halló en la calle el mancebo
un día al caer la tarde,
y haciendo de ingenio alarde
tragó bien la dueña el cebo.
La habló de sus mocedades,
de sus bailes, de sus giras;
supo sacar de mentiras,
con mucho acierto, verdades;
ensalzó su gentileza,
alabó su donosura,
que era una prueba segura
de su pasada belleza;
penderó su gallardía
y su apuesto continente,
que era señal evidente
de lo que fuera algún día.
La habló de los corazones
que á su amor esclavizados
tendrían depositados
en ella sus ilusiones;
fingiendo perder la calma,
animoso y balbuciente,
cual quien dice lo que siente
y así lo siente su alma,
lamentó ser un doncel
al mundo apenas venido,
y no haberla conocido
siendo un hombre, ya en aquel
tiempo, en que era la elegida
de todos por su hermosura,
para gozar la ventura
de ser dueño de su vida.

Le oyó la implacable dueña
primero con ceño adusto,

y poco á poco con gusto
le fué escuchando risueña,
que las frases que decía,
halagando sus sentidos,
sonaban en sus oídos
como cónica armonía
que va suave y dulcemente
arrebata la calma
y hace que se vaya el alma
rindiendo insensiblemente.
Quedó la vieja en los lazos
de su vanidad prendida,
y así se entregó vencida
de aquel galán en los brazos.

Lo que conseguir no pudo
ni ofreciendo, ni negando,
lo hubo de alcanzar usando
de la astucia como escudo,
porque consiguió su empeño
con respecto á la doncella,
y á más de gozarse de ella
se hizo de la dueña dueño,
que enamorada perdida
del adulador galán,
desde entonces, de su afán
fué esclava toda su vida.

De donde, por conclusión,
he podido deducir
que tuvo para decir
un vate mucha razón,
que si á cualquiera mujer
que amor en su pecho siente
no hay nada que la amedrente
por grande que pueda ser,
á todas atrás las deja,
dando ejemplo de valor,
el amor, cuando el amor
se apodera de una vieja!

César Moreno García.

¡FÍESE USTED!

Yo tenía una novia tan guapísima,
que si de hacer tratara su retrato,
todo cuanto dijera en su alabanza
resultaría de seguro parco.
Aquellos ojos tan deslumbradores,
su rostro encantador, sus finos labios,
y, en fin, todo su cuerpo parecía
un conjunto divino en vez de humano.
Pero mucho más que esto, entusiasmóme,
porque á verlo no estaba acostumbrado,
la inocencia y candor con que me hablaba,

y que me hizo adorarla como á un santo
durante un mes seguido, hasta que un día
en que su rostro estaba yo admirando,
el deseo me entró de dárle un beso,
y en un descuido de ella, muy turbado,
uno muy silencioso la di, que hizo
que me pusiera sumamente pálido.
Ella ni se turbó; sonrió un poco,
y me dijo por fin con rostro cándido:
—Casi siempre que algún hombre me besa
me queda luego el gusto del tabaco!

Juan Manuel Gallego.

NIÑERÍAS

Por no pedir su ración,
que es falta de educación,
Miguel, un niño atrevido,
viendo que por distracción
su madre no le ha servido,
cuando su hermanito Ernesto

no le ve le quita el plato,
y haciendo un gracioso gesto:
—Mamá—dice al poco rato,—
á Ernestito no le has puesto.

Para postre un día dieron

á Ricardito sorbete,
y como el helado zumo
le hacía daño en los dientes,
dijo muy quedo á su madre:
—¡Mamá, que me lo calienten!

Mariano de Val.

EPIGRAMAS

Guardia civil retirado
es un señor importuno
que conmigo ha disputado
que tres tercios no son uno.

—Doña Juana me parece
que nunca se curará.
—¿Qué tiene?...—Que loca está.
—¿Y qué locura padece?
—Pues que cuando se sofoca,
habla mucho y se atropella,
para demostrarnos que ella
no es doña Juana... la Loca.

Cuando anoche don Gonzalo
con la baraja se hallaba,
dió á su niño, que lloraba,
para que callase un palo.

Le dieron á un mozalbete
una entrada para ir
al circo; pero al salir
de casa perdió el billete.
Y sin explicarle nada

le dijo al que se la dió,
que en el teatro no entró
porque no encontró la entrada.

Tiene una novia muy bella
el valenciano Jorreto,
y me aseguró en secreto
que sabe guisar pa-ella.

Como sin destino está
y el vicio de jugar tiene,
de casa al circolo va,
del circolo á casa viene.
Al circolo vuelve á ir
para jugar afanoso...
y es que no sabe salir
de ese circolo vicioso.

—Obtúve al fin la moread
de que Irigoyen me agese;
pero á gritos, porque es ese
sordo como una pared.
—Debes decir de Irigoyen,
y dispensa te replique,

que es sordo como un tabique,
porque las paredes oyen.

Me contestó descarada
cuando la dije al pasar:
—Eres mi sol; sí, mi sol...
—¿Qué, va usted á solfear?

De su cacumen el fruto
firma el crítico Alcocer
con el pseudónimo «Bruto».
—Pues le van á conocer.

Tiene el juez señor Sarmiento
detenida á sor Teresa,
y dicen en el convento
que tienen una sor presa.

Bello paisaje ha pintado
un pintor muy conocido;
pero un color se ha borrado,
y dicen que ha estropeado
al paisaje el color-ido.

José M.^a Solís y Montoro.



PLATO DEL DOMINGO

MORCILLA BLANCA DE AVE

Se machacan con ensañamiento y se pasan por el chico de las de Tamiz varios filetes de pollo elegante, añadiéndoles igual cantidad de tocino de cerdo natural y miga de pan en buen uso; y por cada 500 gramos de pasta, dos huevos de gallina y dos decilitros de nata doble. (Esto de doble no quiere decir que sean cuatro los decilitros. El que quiera saber estos misterios de las natas que aprenda natación).

Se baten bizarramente dos claras de huevo, se preparan los intestinos (no los de los comensales) y se los ocupa con la pasta supradicha, formando morcillas de 12 kilómetros (1) de longitud. Los extremos se tocan, y después se atan, y se les da á las moreillas un baño de placer, terminado el cual se las invita á que se retiren á descansar, no sin haberlas pasado por agua fresca. Después se oscurren, procurando evitar la caída, se les dan una vuelta por la parrilla para que se distraigan y, por último, pasan á la mesa con resignación cristiana para que los comensales se relamen con ellas, comiéndolas el fuero interno y echando las tripas á un lado con destino al basurero, á no ser que alguien necesita aprovecharlas para hacer de tripas corazón.—J. P. Z.

(1) Debe decir «centímetros». — (N. de la R.)

GEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

POR GREGORIO AGUAYO

TABACO

MERLUZA FRITA

RIÑONES SALTEADOS

Las soluciones en el número próximo.

Soluciones á los gerooglíficos comprimidos del número anterior: Los extremos se tocan.—El cubo grande y la tina pequeña.

Los vómitos, acedías, ar-
lores, inapetencia, pesadez,
agua de boca, bilis y dolores
de estómago, cintura y es-
palda, etc., etc., desaparecen
al siguiente día de usar el

ESTOMAGO ARTIFICIAL

(6 POLVOS DEL DOCTOR KUNTZ), desterrando en breves días las dispepsias, gastralgias y

catarrros gástricos, como lo diario lo certifican millares de curados agradecidos.—Caja 7,50 pesetas, Moreno Miquel, Arenal, 2, Madrid.—Centro de Especialidades, Rambla de las Flores, 4, Barcelona, y en todas las farmacias y droguerías del mundo. Pídanse folletos.

AL NUEVO BIARRITZ

COLONIALES

DE

JERÓNIMO RONCERO

Serrano, 58.—Sucursal: Columela, 15

Vinos puros de Valdepeñas desde 6 ptas. arroba.
Se sirve á domicilio desde un cuarto de arroba
en adelante.

Rloja: 11 botellas, 5,25 ptas. Botella sin casco, 0,50.

Para que el público pueda apreciar la bondad de
los géneros de estas casas, se sirve á domicilio per
largas que sean las distancias.

PÍDANSE NOTAS DE PRECIOS

Serrano, 58.—Sucursal: Columela, 15

GRAN FÁBRICA DE CHOCOLATE

MOVIDA Á VAPOR

VIUDA DE LÓPEZ

SUOCESOR DE

LOZANO



PLAZA ANTON MARTIN, 50

ESQUINA Á LA DE SANTA ISABEL

MADRID



AGUA DE INSALUS

LA REINA DE LAS AGUAS DE MESA

SUPERIOR Á TODAS SUS SIMILARES

Infalible contra las enfermedades del estómago,
vías urinarias, riñón y vejiga.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y
HOTELES

DEPOSITARIO GENERAL

D. VENANCIO MONASTERIO

VENERAS, 2.—MADRID

TELÉFONO 461

Se sirve á domicilio desde seis botellas en adelante.

ANTES



NO MÁS JAQUECA

desaparece en el acto con la

MIGRAININA COMPUESTA

del Dr. M. CALDEIRO

CAJA, 3 PESETAS

de venta en las principales farmacias y en la del autor

ARENAL, 24

Por 3,50 pesetas se remite a provincias.

DE VENTA EN BARCELONA.-RAMBLA DE LAS FLORES- 4.

10 MINUTOS
DESPUÉS



¡CALLOS Y DUREZAS DE LOS PIES!



CALLOS Y DUREZAS

de los pies. Cura radical á los cinco días de usar el

CALLICIDA ABRAS XIFRA

Estuche UNA peseta.

DEPÓSITO CENTRAL: Farmacia de D. E. Abras Xifra, Argensola, 10, frente á la calle de Santa Teresa, Madrid, y principales boticas.

MÁQUINAS PARA COSER

Primera casa en composturas. Veinticinco años de práctica. Se garantizan las composturas y se va gratis á domicilio.

Se arreglan toda clase de mecanismos.

Hay gran surtido de máquinas para coser de



OCASIÓN

De mano desde 12 pesetas, y 30 de pie para familias y oficios, y otras muchas para toda clase de industrias, á precios muy baratos.

Todas las máquinas van completas de accesorios, se enseña á manejarlas y se garantizan dos años.

No confundir esta casa con otras.

20, ESPARTEROS, 20



ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO

DE

ANTONIO FORUNY

LITOGRAFO

DE LA

Calle de Santa Engracia, núm. 6

REAL CASA

MADRID

Impresiones de lujo de todas clases, Fototipias, Fotograbados, Cromos litográficos y tipográficos, con arreglo á los últimos adelantos.

ARTURO HERNÁNDEZ

MECANICO

Representante de la casa constructora de máquinas y motores de gas, de D. Miguel Escuder.

RUIZ, 3 Y 4

MADRID